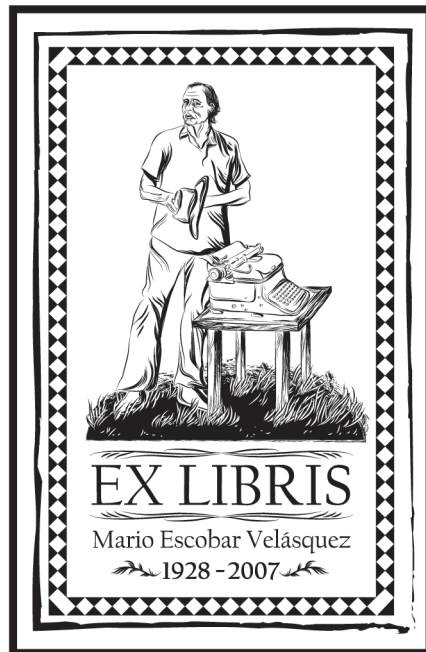




Lanzadera

Antología facsimilar

MARIO ESCOBAR VELÁSQUEZ



Escobar Velásquez, Mario, 1928–2007

Lanzadera: antología facsimilar / Mario Escobar. – Medellín : Editorial EAFIT, 2025.

375 p. : il., fot. ; 28 cm. – (Biblioteca Mario Escobar Velásquez).

ISBN: 978-958-720-963-1

ISBN: 978-958-720-964-8 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-965-5 (versión PDF)

1. Lanzadera (Revista) – Historia. 2. Literatura antioqueña – Revistas. 3. Literatura antioqueña – Historia y Crítica. 4. Coltejer (Empresa textil) – Historia. I. Morales Henao, Jairo, edit. II. Tít. III. Serie.

070.449 cd 23 ed.

E746

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Lanzadera *Antología facsimilar*

Primera edición: mayo de 2025

© Herederos Mario Escobar Velásquez

© Jairo Morales Henao, de los textos introductorios

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur – 50. Medellín, Antioquia

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-963-1

ISBN: 978-958-720-964-8 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-965-5 (versión PDF)

Corrección de textos: Carolina Gil Correa y Marcel René Gutiérrez

Retoque imágenes: Alina Giraldo Yepes

Digitalización de revistas y fotos: Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto, y Sala Patrimonial,

Biblioteca Luis Echavarría Villegas, EAFIT

Diseño de colección: Alina Giraldo Yepes

Diagramación y carátula: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Exlibris: Santiago Orozco Duque

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Del escritorio y la máquina de escribir	7
La <i>Lanzadera</i> de Mario Escobar Velásquez. Dos momentos	19
<i>Lanzadera</i> – Número 90	43
<i>Lanzadera</i> – Número 93	55
<i>Lanzadera</i> – Número 100	67
<i>Lanzadera</i> – Número 109	91
<i>Lanzadera</i> – Número 113	103
<i>Lanzadera</i> – Número 124	115
<i>Lanzadera</i> – Número 139	127
<i>Lanzadera</i> – Número 142	139

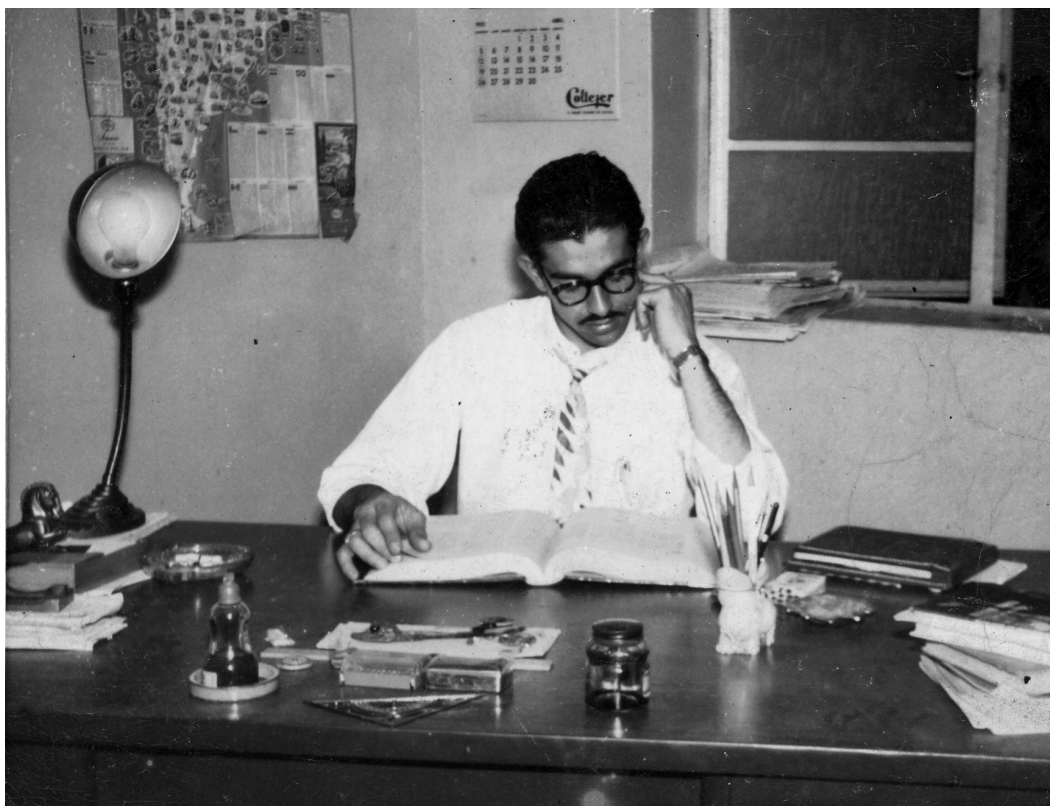
<i>Lanzadera</i> – Número 144	151
<i>Lanzadera</i> – Número 150	163
<i>Lanzadera</i> – Número 155	175
<i>Lanzadera</i> – Número 166	187
<i>Lanzadera</i> – Número 200.....	199
<i>Lanzadera</i> – Número 208	223
<i>Lanzadera</i> – Número 212	235
<i>Lanzadera</i> – Número 250	247
<i>Lanzadera</i> – Número 276	259
<i>Lanzadera</i> – Número 278	271
<i>Lanzadera</i> – Número 295	283
<i>Lanzadera</i> – Número 300.....	295
<i>Lanzadera</i> – Número 350.....	307
<i>Lanzadera</i> – Número 356	315
<i>Lanzadera</i> – Segunda época – Número 1	323
<i>Lanzadera</i> – Segunda época – Número 18	349
<i>Lanzadera</i> – Segunda época – Número 48	375

Del escritorio y la máquina de escribir

Tanto las fotos en las que aparece frente a la máquina de escribir que ocupa el tablero de una mesa auxiliar, como las que lo muestran con la atención puesta en una carpeta o un libro grande abiertos sobre el escritorio, y aquellas que lo capturan descansando en un sillón de sala y de pie tomándose una gaseosa con pitillo, pertenecen a los años 1950-1951, cuando se estrenaba como director del semanario *Lanzadera*. En todas ellas lleva camisa de manga larga y corbata, y, en algunas, posa con el saco puesto. Fueron tomadas en dos de las casas que ocupó con su familia durante sus primeros años de matrimonio. Situada en Envigado, la primera de ellas; en el barrio Alejandro Echavarría, de Medellín, la segunda, y que le resultó vivienda más definitiva. El barrio había sido construido por la empresa Coltejer para sus mandos medios en el sector de Buenos Aires, más hacia el oriente de la doble calzada conocida como “Las Mellizas”, y a la izquierda de la carretera que asciende hacia el corregimiento de Santa Elena.

La casa del Alejandro Echavarría todavía existe y sigue perteneciendo a la familia, pero en condición de sede de una empresa de Héctor, el hijo mayor del escritor. Las fotos de lo que fuera el estudio casero de Mario Escobar Velásquez, por aquellos años cincuenta, dan la impresión de que el espacio de la casa elegido para ese fin fuera el concebido para el comedor en ese tipo de vivienda que la arquitectura de entonces construía para las capas medias de la población. Pero Héctor me aclaró que no era así: el comedor se encontraba más al fondo en el orden de los aposentos de la casa. Estableciendo comparaciones con las posibilidades ofrecidas hoy en día para las clases medias, ese espacio adicional fue un lujo que le venía muy bien a alguien que ya, por oficio y decisión, era, de pies a cabeza, escritor.

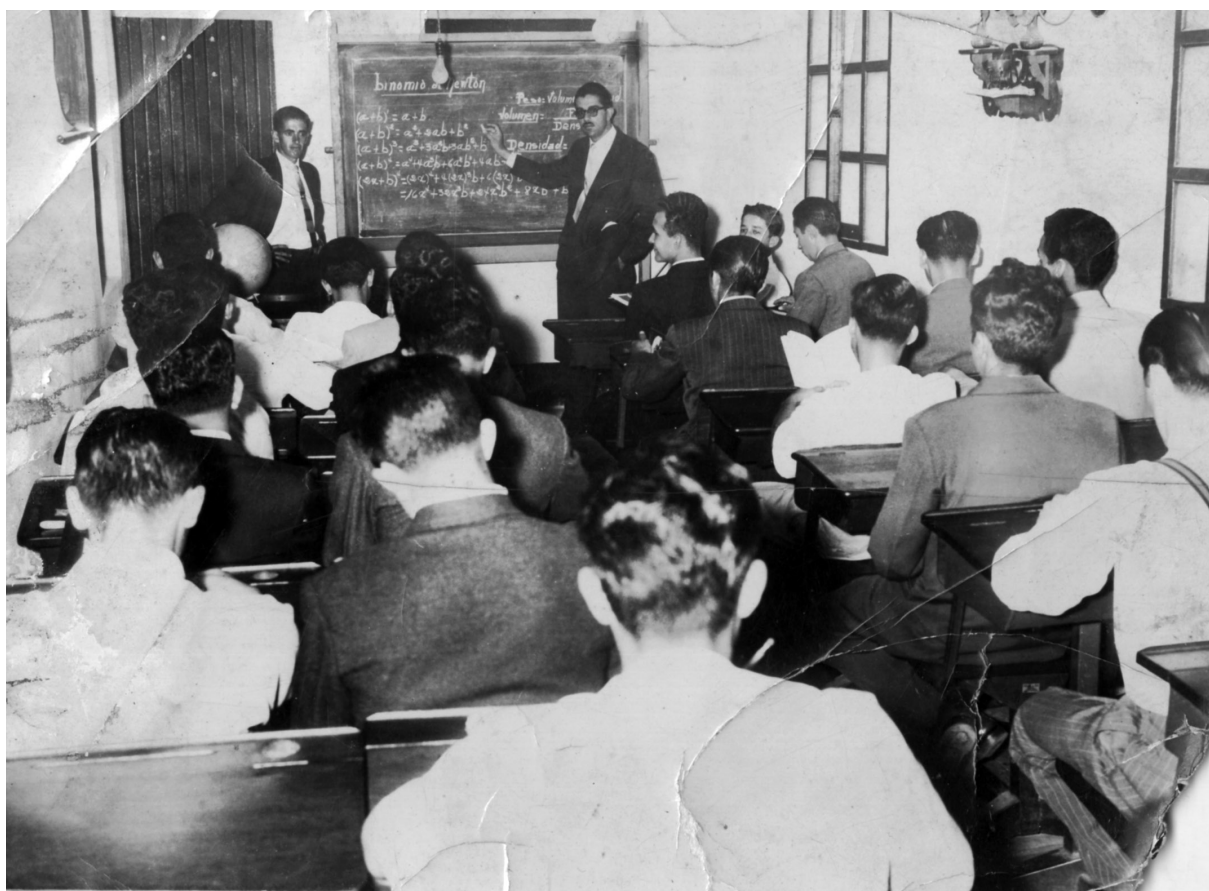






También se incluyen fotos de fiestas caseras. Suman al aura de época y de lo que pudiéramos llamar circunstancia biográfica a la que se ha querido apuntar con la reproducción de esas imágenes. Alternan en ellas compañeros y compañeras de la empresa, profesores del Instituto Obrero (una de las fotos lo muestra dictando clase de álgebra) y miembros del equipo editorial del semanario, muy probablemente algunos de ellos con sus esposas. Jóvenes, alegres, en la flor de la vida (niños de brazos rubrican el ambiente familiar). Los hombres dividen sus preferencias de atuendo entre lo formal de lucir saco y corbata, y lo informal de la camisa de manga larga arremangada, mientras las mujeres lucen la elegancia de vestidos enteros o blusas y faldas que evocan los modelos difundidos entonces por las revistas de la industria textil antioqueña. La empresa de la que dependían todos ellos y a la que cada uno arrimaba el mejor esfuerzo contaba al comienzo de esa década con siete mil trabajadores directos, entre obreros y empleados, cifra que en pocos años llegaría a los diez mil, y se constituía en esa etapa como la industria en desarrollo más productiva del país.

El peso de Jericó en la vida y obra del escritor, y de lugares rurales específicos pertenecientes a la misma localidad, como la vereda La Estrella, aconsejaba incluir fotos de algunas escenas familiares ocurridas allí en los años que nos ocupan. La Estrella es una vereda situada en una



estribación de la cordillera frontera a aquella donde se levanta el pueblo y a las que separa la hondonada por donde corre el río Piedras. Vereda y pueblo se miran desde una altura que difiere poco a simple vista. Deben ponerse los pies en La Estrella (conocida ahora como Estrella Vieja para diferenciarla del caserío surgido en las últimas décadas, al que se ha nombrado como Estrella Nueva) para apreciar en toda su exactitud poética la descripción que ofrece Mario Escobar Velásquez, en su novela *Canto rodado*, de la visión que le reglaba el pueblo desde el alcor de la finca donde se sentaba a leer, mirar y soñar a sus doce años. Hoy en día la imagen poética conserva toda su legitimidad, habida cuenta de los cambios urbanísticos ocurridos en el casco urbano desde 1940: “Tomó la *Odisea* y se fue a su alcor preferido, el más alto de todos: cada mayo se renovaba la cruz que alzaba su arboladura de gigante. Más atrás, bajo un madroño muy frondoso, él había colocado un banco. Allí se pasaba todas las horas que podía, leyendo o soñando. Sobre la colina, lejano y al frente, veía al pueblo como en una postal. A veces venía la voz de las campanas, lontana. Se veía el camino de acceso como una cuchillada en la montaña, y se veían circular las mulas y los bueyes como hormigas. Se veían parcelas cultivadas, en todos los tonos del verde y el azul, y se veía el paso de los gallinazos, extendidas las alas que no se movían, navegando sus corrientes de aire caliente que subía. Y la paz era un algodón enorme que lo cubría todo”.

Años después se enamorará de una muchacha de la vereda, Ruth Vanegas, a la que debió conocer en alguna visita para saludar familiares y amigos de los que se había separado desde 1940, cuando la familia se mudó a Pereira. El noviazgo debió dar comienzo entre los años 1949-1950, cuando Ruth tenía entre 15 y 16 años, y Mario, entre 21 y 22. Para 1949 ya se encontraba vinculado a la empresa textil Rosellón de forma permanente en calidad de profesor del Instituto Obrero (en 1944 fue obrero en la misma empresa, vínculo que no pasó de los cuatro meses, en la sección de hilados). Casi de inmediato comenzó a colaborar en *Lanzadera*, entonces publicación quincenal, con la columna “Nimiedades”, de prosa poética. Así, pues, las fotos de La Estrella incorporadas en este libro se emparentan cronológicamente con las ya mencionadas. Una de ellas corresponde a la pareja matrimonial, unión celebrada en 1952; en la otra vemos a Ruth paseando en una cabalgadura y llevando a su hijo delante de ella sobre la silla de montar. La imagen pertenece a los años 1955 o 1956, cuando aún dirigía el semanario.

Pero aquellas en que lo vemos ante su escritorio y su máquina de escribir son las preferidas para acercar nuestra lupa, a esas queremos dirigir la atención emotiva del lector sensible que se interesó en este volumen –en realidad parte de sus obras completas– llevado por un conocimiento previo, reciente o familiar, parcial o completo, de una obra que lo ha convencido de su eficacia literaria. La mirada que proponemos para estas imágenes es la de su ligazón biográfica con los primeros pasos de un destino de escritor que tuvo su primera manifestación documentada en el semanario *Lanzadera* (las cuartillas barruntadas antes, en el anonimato de sus años de maestro rural, entre 1944 y 1948, se pueden inferir legítimamente de los sonetos, prosas poéticas

y relatos aparecidos en las páginas de esa publicación), de la que el volumen que el lector tiene ahora en sus manos encarna una muestra representativa. La ecuación es sencilla: quien haya sido ganado por la obra de madurez del escritor tendrá curiosidad por conocer de sus primeros pasos en el oficio, por simple curiosidad o interés de fondo en su prehistoria literaria, y, si se le ofrece la oportunidad adicional, agradece la concesión de un espacio a la muy humana inclinación de echar un vistazo a detalles personales y aun materiales de la vida que lo alentaron y acompañaron entonces. Esas ventanas sobre el tiempo que son las fotografías alcanzan, en el caso de un destino cumplido de creador literario, un emotivo y sobresaliente valor particular para sus lectores: les permiten, en ese instante apresado por la foto, en esa ilusión de haberlo detenido, capturar el aura del quehacer que constituía el eje central de su existencia: escribir. Detenernos en estas fotos, que llamamos “del escritorio y la máquina de escribir” de Mario Escobar Velásquez, encuentra un momento hermano (el recuerdo nos llega de sopetón) en la visita (narrada en una entrega de “Piedra de toque”) que hizo Vargas Llosa a la Casa Museo de su muy admirado Azorín en Monóvar, en los minutos que dedicó a contemplar el escritorio de donde echaron a volar miles de cuartillas de una de las mejores prosas de la lengua castellana, como lo ha escrito en más de una ocasión el novelista y ensayista peruano. Una pluma en su soporte, un tintero en el suyo, papel secante, un arrume de cuartillas en blanco a un lado, un pisapapeles de bronce





representando al Quijote y Sancho, un busto de Cervantes, unos cuantos diccionarios. Que esta fue su caja de herramientas de los inicios antes de entrar en la etapa de la máquina de escribir.

Volvamos a las fotos que llamo “del escritorio y la máquina de escribir”. Fueron tomadas entre los 22 y 23 años de edad, aunque cualquiera, privado del dato de su año de nacimiento, se inclinará a agregarle unos cuantos calendarios más, y de pronto hasta no pocos, sobre todo en las tomadas a cierta distancia. Sin duda esa impresión la produce la formalidad de su atuendo, y se acentúa en las que además de camisa de manga larga y corbata, lleva saco. Modo de trajearse propio de la época en ciertos ámbitos académicos y laborales, donde el joven fingía y fungía más edad, espoleado por el ansia, personal y social, de aceptación y reconocimiento. No dejan de contribuir con lo suyo las gafas (¿las necesitaría en realidad, tan joven?) de montura gruesa y oscura. Encontrándose en su casa, donde lo natural es estar lo más cómodo posible, posar para una fotografía en traje formal completo apunta a que lo hacía para alguno de los medios de divulgación de Coltejer, para publicar de inmediato o como fotos de archivo. En otras, vestimenta y actitud son más sencillas y espontáneas. Las imágenes pertenecen más a lo que en la fotografía callejera se conoció como “instantáneas”.

Echémosle una mirada al lugar. Rodea al escritorio una cantidad considerable de carpetas encuadernadas y colocadas en columnas sobre el suelo, a los lados y detrás del escritorio. Llama la atención la cantidad de ellas, lo que encuentra su explicación en el volumen de información empresarial y artículos de conocimientos generales que requería para el semanario y las clases en el Instituto Obrero. Las paredes del estudio muestran banderolas, al parecer una decoración común en oficinas y estudios de la época. Lo digo porque recuerdo las que por aquellos mismos años cincuenta adornaban las cercanías del escritorio de mi tío, el periodista Raúl Henao Henao, en su casa del barrio San Benito. Como su oficio periodístico lo ejercía principalmente en el mundo del fútbol, en su mayoría las banderolas eran insignias de los equipos del fútbol profesional colombiano. Con algún esfuerzo se puede leer el asunto de algunas de las que acompañan el estudio de Mario Escobar Velásquez. Hay varias del colegio La Salle, de Envigado, que me emocionan particularmente porque ahí cursé mi bachillerato y porque revelan como cierta su vinculación como profesor del colegio en una época un poco anterior a mi ingreso en 1959, de lo que me he enterado de oídas: “Llegaba en motoneta”, me dijo alguno. Pero la mayoría, naturalmente, son publicidades de Coltejer, y también lo es el calendario que alcanza a distinguirse, aunque ni con lupa puede verse el año a que corresponde. Se adivina una banderola dedicada a Cartagena de Indias.

Hoy entre nosotros es inimaginable un “aplastateclas”, como nos nombra el periodista Óscar Domínguez, escribiendo en casa de camisa de manga larga y corbata. Y menos de saco; llevarlo hoy en día, con el cambio climático, no sería digerible más que como excentricidad. Y aun en esos años cincuenta, cuando en el clima de Medellín no era ninguna incoherencia ni excentricidad ir de saco al Atanasio Girardot, no hubiera dejado de ser cosa algo salida de lo normal. Mi tío se sentaba a escribir a máquina en su casa durante horas, como Mario en la suya, de camisa

de manga larga y corbata. Y el día que me llevó a conocer la rotativa del periódico donde trabajaba, me condujo primero al segundo piso, donde estaba la sala de redacción. Ninguno de aquellos hombres, cada uno sentado ante su máquina de escribir, se encontraba sin corbata, así alguno llevara camisa de manga corta, que comenzaban a utilizarse.

Se ha precisado y repetido: toda foto, incluyendo las de aquellos que aún viven, es tiempo interrumpido, “plasmación de lo que fue”, nombra una muerte: “La fotografía recoge una interrupción del tiempo a la vez que construye sobre el papel preparado un doble de la realidad. De ello se infiere que la muerte, o lo que es lo mismo: la evidencia del esto-ha-sido, va ligada esencialmente a la aparición (o elaboración) del doble en la imagen fotográfica” (*La cámara lúcida*, Roland Barthes).

Y ante la foto, la imaginación, en su primer movimiento de nostalgia sentimental que desea acercar la vivacidad de ese instante que la motivó, se declara pronto en derrota: no consigue anular la extinción de esos tiempos ante la máquina de escribir. En últimas: el imposible regreso en el tiempo. Distancia que carga con un peso particular: esas fotos dan cuenta de la etapa en la que el futuro autor de una obra literaria original, sobresaliente y reconocida fijaba la piedra angular de ella en el fragor de la fragua inmejorable de *Lanzadera*. Fue un regalo del destino el ofrecimiento de la dirección del periódico: en el esfuerzo de lectura, escritura y edición que le imponía publicarlo semanalmente construyó la disciplina sin la cual no es factible obra artística perdurable alguna. El azar –máscara del destino según lo dijeron cada uno a su modo: Borges, Lezama Lima y Nabokov– del semanario fue la respuesta del hado a ese muchacho que ya diez años antes deseaba, confusa pero obsesivamente, ser escritor, contagiado tanto por la *Odisea* y el resto de volúmenes de la Biblioteca Aldeana que encontró en la biblioteca municipal de Jericó, como por los libros de sus padres, maestros los dos, incluyendo los que su padre formaba con artículos recortados de periódicos y pegados en carpetas y libretas en desuso de su utilidad original, afición que su hijo heredó desde niño y cultivó toda su vida. A esta madrugada de su infancia lectora asistimos en sus novelas *Canto rodado* y *Música de aguas*.

Pero si este acercamiento precisa el alcance de lo que representan esas fotos como constancia gráfica de una etapa inicial y decisiva en su proceso de escritor, no fue suficiente para ir más allá de lo que es esta nota: una por lo menos clara exposición argumental, pues el trasfondo de mi pretensión era excesivo: obtener al mirarlas con detenimiento una sensación vívida de la experiencia originaria de esa etapa: volver a estar ahí. Comprendí, aceptando la obvia limitación humana para una regresión de esa naturaleza, que solo una ficción novelesca o cinematográfica podrían lograr esa ilusión.

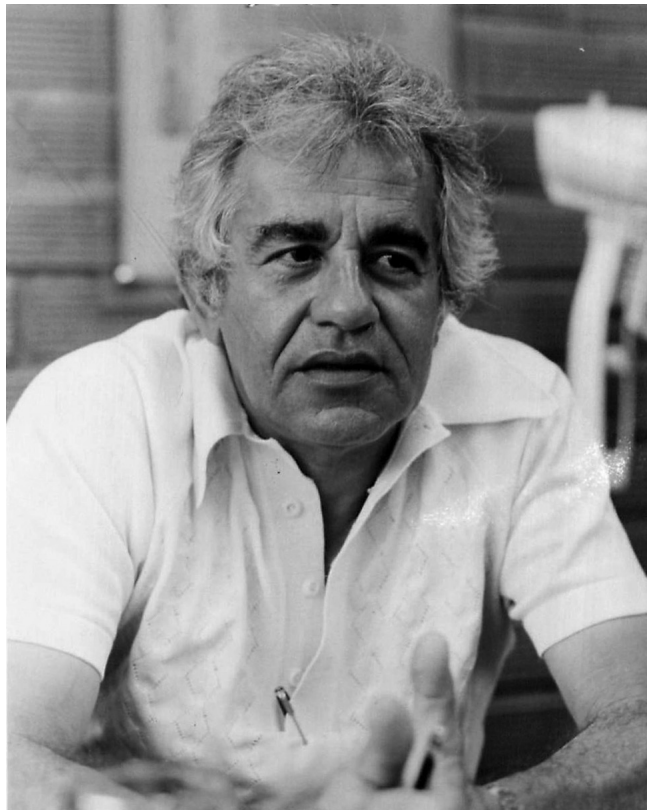
Vino del lado de una experiencia sensorial la traslación que compensó en algo lo que no obtuve por medios discursivos. Una noche de aguacero, mientras zurcía esta nota, volví a estar en la habitación que me destinaban en la casa de la abuela en San Benito para pasar unas semanas de mis vacaciones escolares. Vivían con la abuela mis tías Aura y Elvia, solteras, y el tío Raúl

con Aura, su esposa, que llevaban poco tiempo de casados. Ya desde antes de dirigirse cada uno a su habitación para dormir, el tío comenzaba a escribir en su máquina y el tecleo continuaba escuchándose cuando ya todas las bombillas se habían apagado, y muy probablemente cuando ya todos dormían, comenzando por mí, que debía encontrar el sueño tan pronto como todo muchacho de diez o doce años al que le basta poner la cabeza en la almohada y cobijarse. La tía Aura me decía que comenzaba a escribir a las cuatro de la mañana. “Le gusta tener dos artículos listos antes de salir para el periódico”, me contó alguna vez el tío Jesús, su hermano menor.

Una noche de aguacero desperté abruptamente. Desde luego no tenía noción de la hora. Me debió arrebatarse del sueño la violencia del temporal. De pronto me llegó el sonido de las teclas. Pero no venía del escritorio, que nunca lo movían de su lugar: un extremo del corredor cubierto por los cuatro costados y que rodeaba el patio a cielo abierto. En ese momento resonaba atrás, en la piecita destinada al planchado de la ropa, separada de la cocina por un corredor estrecho, adonde llevaba la máquina de escribir para teclear allí. Hasta donde fuera posible no quería afectar el sueño de los demás. Por momentos asimilaba el golpeteo de las teclas al de los goterones que caían implacables sobre el tejado. Muchos años después, al recordar esa noche, comprendí la justeza de la crónica (me inclino como autor por García Márquez) que comparaba la impresión de escuchar un aguacero con el efecto de la máquina de escribir de *Ulises* (Eduardo Zalamea Borda) en su oficina de *El Espectador*.

Como en el poema de Borges (“... porque ya cae la lluvia minuciosa / Cae o cayó. La lluvia es una cosa / Que sin duda sucede en el pasado...”), esa lluvia que me visitó mientras comenzaba a escribir esta nota fue una con la que se estrellaba esa noche sobre los tejados y las calles claustrales del San Benito de entonces, en estrecha alianza con la que descargaba el tío en su máquina de escribir (¿el tecleo eco de la que caía del cielo encapotado, o eco esta de aquel?). Y fue una también, ahora lo es, con la que muchas cuerdas al oriente de la ciudad repercutía en la máquina de escribir de Mario Escobar Velásquez, muy probablemente la misma noche. ¿Por qué no? Lo hacen por completo factible la absoluta coincidencia de los años en que los dos aprovechaban las horas nocturnas y de la madrugada para obtener lo mejor de las noventa teclas de sus máquinas de escribir. Sus vidas, en los planos de la sobrevivencia y de sus urgencias intelectuales, dependían de ellas, que en su trepidar sin pausa semejabán dos locomotoras a todo vapor atravesando los días y las noches del Medellín de los cincuenta, como militantes que eran de la generación de escritores y periodistas que se podrían denominar con toda justeza “de la máquina de escribir”. Ahora, por fin, como en los cuentos de hadas, al amparo de dos aguaceros que fueron uno en “esa lluvia que ciega los cristales” del poema borgiano –en el que pasado y presente se dan la mano por la espalda–, las teclas del periodista consiguieron despertar de su mudez, en el refucilo de unos instantes, la percusión de las del escritor, en esas fotos que he mirado tanto.

Jairo Morales Henao
Envigado, 3 de noviembre de 2023



La *Lanzadera* de Mario Escobar Velásquez

Dos momentos*

I

Sin aviso previo, una tarde de hace casi treinta años, el ya entonces conocido escritor Mario Escobar Velásquez se apareció por la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto con cuatro gruesos volúmenes encuadernados –Encuadernación Zea– del semanario *Lanzadera*, de la empresa Coltejer. “Yo quiero que estén aquí”, me dijo, mirando más los volúmenes que a mí. Se despedía de ellos. Desde comienzos de los años ochenta el escritor había recurrido en varias ocasiones a los servicios de esa sección de la biblioteca en plan de documentarse para diversos trabajos, específicamente relativos a la región de Urabá, aunque también lo hizo cuando reunía material para su *Antología comentada del cuento antioqueño*, publicada en 1986.

En el momento de recibir la donación yo estaba enterado, desde luego, de qué se trataba –la importancia del hecho me movió a llamar a Gloria Inés Palomino, directora de la biblioteca, para que fuera ella quien la recibiera–. Pero mi conocimiento entonces de *Lanzadera* era panorámico: sabía que él la había dirigido durante varios años, y en medio de mis rutinas bibliotecarias, de tarde en tarde le había dedicado una que otra ojeada. Desde ese momento hasta ahora son muchas las horas que he dedicado a escarbar y escarmenar sus páginas.

Los cuatro volúmenes contienen 267 entregas de la publicación, que fueron estrictamente las de su presencia como director, y cubren desde el número 90, del 25 de agosto de 1950, cuando recibe la dirección de manos de Bernardo Jaramillo Correa, hasta el 357, salido de prensas el

* Una primera versión de este texto fue publicada en *Escritos desde la Sala*, números 24 y 25, de la Biblioteca Pública Piloto.

14 de enero de 1956. En el mes de marzo siguiente *Lanzadera* comienza una etapa nueva, se hace revista mensual, y aunque él permanece como redactor en jefe, la dirección ha pasado a manos del Departamento de Relaciones Públicas, diplomática designación inicial que desaparece pronto en los números siguientes para dar paso explícito al nombre de quien ejercerá en propiedad la dirección, Lucía Molina Vélez, por designación del vicepresidente de la compañía, Rodrigo Uribe Echavarría.

Lanzadera había conocido la luz pública el 24 de septiembre de 1944, bajo la dirección de sus fundadoras, Gabriela Arboleda y Berta Inés Jiménez, visitadoras sociales de la empresa. Inicialmente su periodicidad fue irregular. En el número 69 las relevó en la dirección Bernardo Jaramillo Correa, que le dio estabilidad de quincenario y se mantuvo a la cabeza hasta el número 90, como ya lo señalamos, cuando le dio paso al joven Mario Escobar Velásquez –veintidós años– como nuevo director, y quien ya venía colaborando –desde el segundo semestre de 1949, aproximadamente– en sus páginas con la columna “Nimiedades”, según lo cuenta Jaramillo Correa en su nota de presentación del nuevo director, columna en la que daba a conocer textos de prosa poética de inspiración modernista.

Es imprescindible contar –ya se verá el porqué– que Mario Escobar Velásquez se había vinculado a Rosellón, una de las fábricas de Coltejer, en 1944, en la muy calurosa sección de hilados, en calidad de obrero, donde permaneció apenas tres o cuatro meses –lo duros, sombríos y solitarios que fueron esos meses como obrero fabril están aludidos en su novela *Música de aguas*, publicada póstumamente–; también lo es contar que regresó a Pereira, donde vivía con sus padres y hermanos desde 1940, adonde llegaron procedentes de Jericó, suroeste antioqueño, y que durante ese viaje de regreso –que por aquella época debió ser hecho en tren durante su trayecto más extenso–, aquel muchacho de dieciséis años, mientras veía pasar ante la ventanilla de su vagón las vegas y montañas por donde cruzaba el río Cauca, se afianzó en una decisión: retornaba, pero no volvería a su oficio anterior en la ciudad adonde se dirigía: repartir en sus portones, y desde la madrugada, panes y litros de leche; tampoco regresaría a trabajar como obrero en Rosellón, no, se haría maestro rural. Entre ceja y ceja se repetía el nombre del político conservador con el que intrigaría el puesto.

Durante cuatro años (1944-1948) ejercería como maestro rural en San Joaquín, corregimiento entonces de Pereira, absorbido hace mucho como uno de sus barrios. Dos cosas ocuparon su tiempo en aquel paraje: leer y estudiar de todo, principalmente literatura, desde luego, y con verdadero furor, con un hambre de conocimiento descomunal –empleamos el adjetivo con plena conciencia porque es el que corresponde a los resultados de aquel esfuerzo autodidacta, como se palpa con facilidad al repasar las páginas de *Lanzadera* durante el período en que él la dirigió–, y escribir con mayor concentración y continuidad a como lo había hecho antes –sonetos, especialmente, aunque también ejercicios de prosa narrativa–, decidido ya a ser escritor.

Cuando en 1949 regresa a Envigado, se dirige a la misma empresa, Rosellón, pero no ya a sus instalaciones fabriles, buscando un puesto de operario, sino como hombre de tiza y tablero, para enseñar en la Escuela y en el Instituto Obrero, tanto a los hijos de los trabajadores de la compañía, como a estos, donde es aceptado de inmediato. Como traía la maleta rebosante de cuadernos de sonetos y otros textos literarios, se dedica a pulirlos y a buscarles salida. Para ir desocupando aquella maleta tensa de inéditos, tiene a la mano *Lanzadera*. Así comienza a aparecer su columna “Nimiedades”, con textos de prosa poética –no poemas en prosa– de clara procedencia modernista –afluente este fácilmente constatable como uno de los más fuertes en las páginas del semanario durante los más de cinco años de ejercicio de su dirección, pues son de poetas modernistas, y de sus epígonos, muchísimos de los poemas que reproduce durante ese lapso: Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Rubén Darío, Francisco Luis Bernárdez, Ramón López Velarde, Eduardo Castillo, Guillermo Valencia, León de Greiff, Miguel Rasch Isla y José Asunción Silva, entre muchos otros–.

Desde aquel número 90, cuando Mario Escobar Velásquez llega a la dirección del semanario de Coltejer, poesía –en verso y en prosa–, cuento, crítica, crónica, semblanzas y reportajes, de distintos autores, comienzan a copar gran parte de sus páginas, y así ocurriría número tras número hasta aquel 357, el último de su presencia regidora, aunque con altibajos de distinto orden. Esa línea acentuadamente literaria –pero no únicamente, como señalaremos a continuación– hizo de *Lanzadera* durante esos años mucho más que una publicación periódica empresarial, la convirtió de hecho en un medio literario con un protagonismo muy particular en el plano local y aun nacional, como veremos, comenzando porque su estable periodicidad semanal competía con la de los suplementos literarios de los grandes diarios de la ciudad y el país. Por eso no solo es una injusticia su exclusión a la hora de los balances de nuestras publicaciones literarias periódicas, sino una inexactitud, una equivocación histórica resultado de la predominante pereza mental y del facilismo en nuestra crítica, con presencia inercial entre nosotros, y que deja tanta cosa en la sombra en esos recuentos historiográficos o balances críticos panorámicos.

Rápidamente nucleó alrededor suyo un equipo de colaboradores de mucha calidad, escritores en acción, con trayectoria previa en medios hablados y escritos, en su mayoría empleados de Coltejer, y con espíritu generoso de difusores de cultura. Uno de ellos, el principal por el peso que tuvo a lo largo de esos cinco años, fue David Henao Arenas, nacido en La Ceja, quien había comenzado a colaborar en *Lanzadera* desde 1945 –en el número 11, del 17 de marzo de ese año, aparecieron su primer artículo y su primer dibujo–. Cuentista –treinta y seis años después, Mario Escobar Velásquez lo incluiría en su *Antología comentada del cuento antioqueño*, aunque Henao Arenas no alcanzó a publicar libros, en parte debido a su muerte temprana, en 1960, a los cuarenta años–, poeta –en verso y en prosa–, cronista, pintor –con estudios en el Instituto de Bellas Artes– y caricaturista. Se había iniciado en el periódico *La Defensa* como redactor de planta,

hacia 1944. Desde su primera entrega fue muy constante –aunque hacia el final del período estudiado se inclinó hacia la intermitencia– su columna de prosa poética “La ceniza de los días”, lo mismo que la titulada “Noticiario de Sedeco”, otra de las plantas de Coltejer –muy regular hasta comienzos de 1953, cuando Henao Arenas se desvincula de la compañía para trabajar en un radioperiódico–. Esa constancia se extendió a cuentos y poemas, a notas sobre obras y figuras universales del arte y la música, y a otros temas culturales, tanto generales como de carácter noticioso, que incluía en ocasiones en su columna intermitente “El rumbo de las horas”, y que en otras publicaba como artículos sueltos –le rendía tanto su vitalidad que sacó tiempo para una columna ocasional en 1954, a la que tituló “Notas taurinas”–. Pero su trabajo iba más allá de la escritura: promovió con éxito la formación de orfeones, grupos de teatro y de música en Sedeco y Rosellón, y de una biblioteca en Sedeco. Si este más que apretado resumen no se considerara suficiente para señalarlo como el punto central de apoyo del director Mario Escobar Velásquez, se pueden constatar períodos en los que cubrió mermas en la presencia literaria del director, como el que va entre la entrega 109 y la 124, durante el cual Escobar Velásquez se dedica a pulir y publicar en abundancia sonetos de su autoría, escritos en San Joaquín y Medellín, mientras desaparece su columna “Nimiedades”. Durante ese lapso tampoco se leen en *Lanzadera* más cuentos suyos, después de aquel primerizo: “El regalo del camino”, aparecido en la entrega 93, del 15 de septiembre de 1950.

El maestro –del Instituto Obrero de Rosellón– y poeta envigadeño Hernando Garcés Uribe fue también uno de los puntales más entusiastas y regulares que tuvo *Lanzadera* en el período que revisamos. Su batalla por aquella publicación la adelantó desde dos columnas principalmente: “Puerta abierta” y “Aprenda lenguaje”. La primera era en lo temático una miscelánea, ligera, de entretenimiento, con un tratamiento zumbón de sus asuntos, humorística, un descanso en relación con la densidad frecuente de otros textos en cada entrega. Acostumbraba partir de noticias internacionales, nacionales o locales, para resaltar aspectos débiles, patéticos o hasta ridículos de la condición humana, que, además de hacer sonreír, dejaban una enseñanza y, de fondo, un pensamiento serio, una reflexión valiosa, o en su defecto, la risa, ya de por sí una gran cosa en medio de los agobios que acosan al hombre en su vida diaria. “Aprenda lenguaje” pertenece a una tradición desafortunadamente muy perdida hoy, cuando más se necesita: la de los ángeles de la guarda del idioma, los vigilantes de la corrección en el decir y el escribir en lengua castellana, y que en décadas recientes tuvo entre nosotros dos personas que cumplieron esa tarea: Lucila González de Chaves con su columna en *El Colombiano* “Funcionalidad del idioma”, y Argos –Roberto Cadavid Misas– con la columna “Gazapera”, en *El Espectador* y *El Colombiano*. Hernando Garcés colaboraba también ocasionalmente con otra clase de textos, como crónicas de viaje, semblanzas de figuras de nuestra historia patria, noticias sobre congresos de historiadores, o con un poema, aunque en este terreno fue de una ejemplar parquedad publicadora, pues se

percibe que pulía mucho, se resistía a entregar algo de lo que no estuviera seguro, a pesar de que debe darse por descontado que Escobar Velásquez, degustador y cultivador de la poesía, debía insistirle para que se apartara de esa avaricia publicadora. Entregó a edición un solo poemario en su vida, *El amor junto al llanto*, impreso por primera vez en 1948, y reeditado cuarenta años después, con supresión de algunos poemas de esa primera edición e incorporación de algunos nuevos. En esa escasez de poemas publicados tuvo lo suyo, y bastante, la bohemia.

Arrimaron también el hombro Tulio Salazar Osorio, de participación sobresaliente –en volumen de colaboraciones y calidad de ellas– entre 1952 y 1953, principalmente. Sus textos se destacaron por su diversidad temática. Cuentos de raíz romántica, en casos con inclinación a la truculencia –ejemplo: “Primavera”, número 295–; versiones personales, originalísimas, con finales sorprendentes y conmovedores de relatos clásicos de la literatura europea, como “Tres parábolas”, que aparece en la entrega 200; cuentos de factura muy moderna, algunos henchidos con precisiones de guion cinematográfico: “Encendió un cigarrillo y permaneció un rato inmóvil. A través de los cristales miraba las sombras agigantar su diámetro en el macadam solitario del parque” (“Noche de la aldea”, número 166); artículos humorísticos, unos, crónicas periodísticas, otras –“Yagé, planta de los sueños reales”, entrega 208, o una en la que cuenta la filmación, en Sabaneta, población donde vivía, de una escena de la película *Cristales*,¹ coyuntura que aprovechó para entrevistar a Camilo Correa, director de la filmación–, etc. Todos sus escritos de ficción y sus crónicas se destacaban por sus comienzos firmes, propios del que sabe desde un comienzo para dónde va porque ha concebido previamente el texto de principio a fin, a pesar de lo cual, pero solo aquí y allá, tiene bajones hacia giros engolados, solo sonoridad. A pesar de esas calidades en su escritura, del vigor indudable que poseía para escribir y del volumen de su producción, hasta donde hemos rastreado, no dejó obra publicada en libro. Se supo que viajó a Bogotá donde se vinculó a una emisora a difundir música colombiana y popular latinoamericana, campo en el que se destacó. Luego se pierde su rastro.

Felipe Loaiza, a quien se le nombra en el número 200 como del equipo de la revista y se dice que es “universitario”, lo que deja en el limbo su condición probable de empleado de la empresa. Tampoco dejó obra publicada en libros, a pesar de que en lo firmado para *Lanzadera* se muestra lo suficientemente buen cuentista y ensayista como para haber conseguido editar obra en los dos géneros. En las páginas del semanario textil dio a conocer ensayos sobre Knut Hamsun, Víctor Hugo y *Ulises*, de Joyce, hecho notable y que enaltece las páginas de *Lanzadera*, por lo que significaba esta novela en la literatura contemporánea desde hacía décadas. También dio a las prensas traducciones y cuentos como “La medida exacta”, entrega 200, de

¹ Dirigida por Camilo Correa, fundador de Procinál y de la revista *Micro*, esta película no se terminó, pero las escenas mencionadas fueron incluidas en *Colombia linda*, largometraje del mismo director que fue estrenado en 1955 en varios teatros de la ciudad de Medellín.

un refinamiento en su construcción que recuerda la sutileza con la que Henry James le da vida a sus historias y, como en James, el desarrollo es moroso, laberíntico, y sólido en la finura de filigrana con la que se construye el ámbito psicológico de los personajes y el tejido de sus vínculos pasionales. El final sorprende, es impredecible, imposible de anticipar bajo la superficie aparentemente anodina, “inocente”, de los episodios, y su condición forzada no anula la eficacia de la construcción previa.

Diego Mendoza, del que se habla como profesor del colegio San José y periodista, sin que se aclare el medio en el que trabajaba. En la entrega 200 no se registra su nombre como uno de los colaboradores de planta del semanario, pero entre las entregas 155 y 212 aparecen muchas colaboraciones suyas en cuento, poesía y crónica, y están incluidas en el segundo volumen encuadernado. “*In memoriam*”, “Alto voltaje”, “El derecho de viajar” y “Aguardiente, poesía, brujería”, son algunos de sus trabajos acogidos en *Lanzadera*, y aunque esos textos no filan entre los más sobresalientes de los aportados por el equipo central de colaboradores permanentes, el volumen de sus colaboraciones y su presencia asidua en el lapso señalado no se pueden ignorar.

Cierra este recuento sumario el poeta Francisco Restrepo Rojas; a diferencia de Diego Mendoza sí fue al parecer empleado de la empresa y también comparte con este, y la mayoría de los colaboradores principales, ese signo de no haber dejado libro alguno publicado. En el artículo citado del número 200, el director lo incluye como parte del equipo central del semanario. Aunque no sobresaliente, su poesía no estaba desprovista de cierto talento y sensibilidad.

Ahora bien, reseñar la producción literaria y periodística de Mario Escobar Velásquez en *Lanzadera* durante el sexenio 1950-1956, en cuento, poesía, prosa poética, semblanzas, entrevistas, notas sobre libros y autores, y otros temas de interés cultural, como los artículos y editoriales de orden pedagógico, informativo empresarial, de conocimientos generales, acontecimientos culturales en Medellín y Envigado, etc., y hacer un balance, ya no crítico sino apenas descriptivo, de esa masa considerable de trabajo es algo que sobrepasaría el espacio disponible en estas páginas. De entrada hay que tener en cuenta que ese cuerpo de sus colaboraciones comprende mucho más que lo firmado con nombre propio, pues recurrió a seudónimos como *Atino* para la columna “Comentarios”, *Maevel* para notas más ligeras, *Simbad* para textos misceláneos, *Alaín Calvo* –el 23 de febrero de 1951, en el número 113, aparece por primera vez este seudónimo, firmando no un texto narrativo sino una especie de crítica moral a la práctica, entre obreros de Coltejer, de préstamos con intereses de usura– y otros seudónimos más efímeros e intrascendentes. Un balance de ese tipo daría para un capítulo de un libro sobre su obra, pues allí se encuentra lo que pudiéramos llamar su prehistoria literaria. A pesar de la calidad desigual de esa producción –asunto fácil de entender por su condición entonces de escritor en aprendizaje, por los afanes a que lo obligaban editar semanalmente un periódico de doce páginas y entregarlo a tiempo, más los compromisos personales de escribir sus columnas y textos creativos–, donde

hay de todo: bueno, muy bueno, aceptable, deficiente, “malote” –palabra que de su puño y letra le puso al margen muchos años después a alguno de esos textos suyos–, olvidable y lamentable, se podría pensar en editar un libro de prosa poética y otro de relatos –como ya se hizo con sus mejores sonetos en el libro *Juan sin tierra*, publicado en 2022 dentro de esta misma colección–, donde se agrupara lo rescatable de esa etapa de su producción, lo que constituiría una recuperación valiosa –superar esa dispersión que, aunque recogida en esos volúmenes encuadernados, no deja por eso de ser dispersión–, una contribución importante a la constitución de su obra completa y un acontecimiento que agradecerían los interesados en su obra y mucho más los estudiosos de ella.

Este recuento apretado de la personalidad literaria de los componentes del grupo central –a lo que hay agregar que otros de ellos, fuera del director, recurrieron también al uso de seudónimos, como Tulio Salazar Osorio, que firmaba algunas de sus colaboraciones como *Avizor* o *Tuco*, y Francisco Restrepo Rojas que lo hacía en ocasiones como *Napoleón ½*– sugiere algo que se impone como consecuencia obvia: inclinaron la balanza del carácter de la publicación hacia la literatura, no podía ser de otra manera. Y a la producción personal de cada uno de ellos hay que sumar, y no es cualquier clase de sumando, la tremenda cantidad de poemas y textos narrativos de autores de todas las latitudes reproducidos en las páginas de *Lanzadera*. Se cuentan por centenares. No es práctico hacer una lista, se necesitarían páginas. El compás era muy amplio y equilibrado entre lo nacional y lo extranjero, entre lo originado en lengua castellana y lo traducido de otras lenguas, entre lo clásico y lo moderno. A los poetas mencionados atrás se pueden agregar, pero la lista aún es cortísima, los nombres de Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Porfirio Barba Jacob, Baudelaire, Ciro Mendía, César Vallejo, Germán Pardo García, Guillermo Payán Archer, Leopoldo de la Rosa, Víctor M. Londoño, Gerardo Diego, Dora Castellanos, Rafael Maya, Alfonsina Storni, Ezequiel Martínez Estrada, José Santos Chocano, Jorge Robledo Ortiz, Carlos Pellicer, Luis Carlos González, Baudilio Montoya, Juan Lozano y Lozano, etc., etc. Y en narradores la lista no es menos extensa: Adel López Gómez –el autor del que tal vez reprodujo más cuentos–, Jesús Zárate Moreno, Borges, José Restrepo Jaramillo, Octavio Amórtegui, Efe Gómez, Kipling, O. Henry, Maupassant, Wilde, Rafael Arango Villegas, Graham Greene, Euclides Jaramillo Arango, Alfonso Castro, Gaspar Chaverra, Hemingway, Erskine Caldwell, Ricardo Güiraldes, Constancio C. Vigil, Humberto Jaramillo Ángel, Sofía Ospina de Navarro.

A esta presencia poderosa de la literatura, original para *Lanzadera* y reproducida, se deben agregar otras facetas o expresiones del mismo arroyo poderoso. Durante el primer semestre de 1954, por ejemplo, hay un bajón grande, por no decir casi total, en la producción literaria del grupo de colaboradores principales. Solo Felipe Loaiza publica dos cuentos. Ni una “Nimiedad”, ni un cuento del director. Excepto uno o dos, también dejan de aparecer sus sonetos. Publica una entrevista que le hace a Fernando González –otra de sus admiraciones de toda la vida, al

lado de las que les profesó a Rafael Maya, Adel López Gómez, José Restrepo Jaramillo, Alberto Ángel Montoya y José Umaña Bernal-. El rabelesiano apetito literario que lo movía como lector y escritor se ve constreñido en ese lapso a los párrafos de su columna “Comentarios”, que firmaba, ya lo señalamos, como *Atino*. El carácter variopinto de esta columna le permitía introducir apuntes literarios con más frecuencia precisamente porque la temática general no era exclusivamente literaria. Tocaba otros registros en ella: notas sobre libros y autores, crónica literaria –como una que escribe con el tema de la pipa–, comentarios acerca de temas del cancionero popular colombiano y latinoamericano, apuntes acerca de películas, prosa poética –escribe una sobre el verano–, asuntos generales –como el significado de la palabra “actualidad”– o científicos –una nota sobre entomología–, y aun sociales –el subsidio familiar, recién instaurado en Coltejer–, etc. En ese lapso de vacío literario de los colaboradores permanentes, metió mucho el hombro el poeta y maestro Hernando Garcés Uribe, cuya columna “Puerta abierta” conoció entonces una de sus etapas de mayor regularidad, y se dobló, con comentarios sobre películas, como la escrita acerca de *Fantasía*, ese clásico de Walt Disney.

Por esa misma época el semanario también se alimenta con mucho de refritos. Traducciones de artículos tomados de revistas extranjeras sobre asuntos variados, como “La linfa en el cuerpo humano”, “¡El mundo es tuyo, juventud!”, condensación del libro *Lincoln Steffens Speaking*, e incluso artículos extractados de revistas locales como la *Revista Universidad de Antioquia* y la revista *Letras Universitarias*, editadas en Medellín. Pero también se reproducen textos donde autores colombianos escriben muy prolijamente sobre la obra de compatriotas o acerca de escritores de otras latitudes. Humberto Jaramillo Ángel se ocupa de César Vallejo con un detenimiento no inferior en el número 276, correspondiente al 3 de julio de 1954; en la entrega 278, Eduardo Castillo examina la poesía de León de Greiff; en la siguiente, Baldomero Sanín Cano comenta la obra de Jacinto Benavente y página de por medio se ofrece un extenso artículo titulado “Joyce, Kafka, Faulkner”, firmado por H. Aguilar Zuluaga; y para no caer en una enumeración que se podría extender más de lo debido, digamos que en esa época se publican también, entre muchos otros, ensayos sobre Herman Hesse, Jaime Balmes y Guillermo Valencia, texto tomado de la *Revista Universidad de Antioquia*, sin citar su autor.

Ojeando y hojeando el semanario, y poniéndose una mano en el corazón, hay que reconocer la preponderancia literaria de la publicación, sobre todo entre los años 1950 a 1953 inclusive. Ya para los dos años siguientes, sobre todo de mediados de 1954 en adelante, *Lanzadera* registra cambios, sin duda relacionados con el retiro de Sedeco de David Henao Arenas para vincularse a una emisora, y con el nombramiento de Hernando Garcés Uribe para la personería de Envigado, que lo obliga a retirarse de la dirección general de la escuela Fernando González y del Instituto Obrero de Rosellón. Obviamente las colaboraciones de los dos –puntales del semanario hasta ese momento– se redujeron. Hernando Garcés Uribe, tan activo con su “Puerta abierta” en la primera

mitad de ese 1954, seguramente para suplir la desaparición de Henao Arenas de las páginas del semanario, no total pero sí muy notoria, mantuvo su presencia de dos formas, a las que separaron unas semanas: primero, con apariciones esporádicas, constituidas sobre todo por semblanzas de figuras de nuestra historia patria o de personajes del mundo de las letras y la cultura, como una que escribió sobre Santiago Vélez Escobar, el famoso *Caratejo Vélez*, y luego con una columna titulada “Revoltijos”, que, aunque aparecida sin firma, le atribuimos porque es la misma “Puerta abierta” –posiblemente su condición de empleado público en ese momento le vetaba firmar con nombre propio esas colaboraciones–, y que mantuvo cierta constancia en el segundo semestre de 1955. Y Henao Arenas centra sus colaboraciones intermitentes en figuras de la música clásica, el arte, y mucho más eventualmente en sus conocidos textos de prosa poética y algún cuento –publica incluso un artículo curioso por lo excéntrico dentro de su producción: un interesante balance de la industria textil colombiana en ese momento–. También desaparecen casi por completo en este período Tulio Salazar Osorio –aunque este repunta transitoriamente en el segundo semestre de 1954 con una columna a la que tituló “Página quinta”, variopinta en sus temas–, Felipe Loaiza y Francisco Restrepo Rojas. Arrima el hombro con cierta frecuencia un colaborador nuevo, muy activo y culto: Felipe Antonio Molina, con cuentos, prosas poéticas y notas sobre libros y escritores como Guillermo Valencia y Nietzsche.

Esa circunstancia, desde luego, le tuvo que crear una situación muy difícil al director, quien garantizó la presencia de la literatura recurriendo a la reproducción habitual de poemas de los poetas ya mencionados, y de nuevo a sus propios sonetos, aunque con más moderación que en los tres años anteriores. También echó mano de ensayos no escritos originalmente para *Lanzadera* –y en realidad muy extensos para las escasas doce páginas de que disponía y para el espacio que estaba obligado a dedicar a temas específicos de la compañía– de Eduardo Carranza y Rafael Maya, principalmente, y de algún ensayo ocasional de Fernando Arbeláez, sobre poetas y personajes colombianos como Hernando Domínguez Camargo, Luis Carlos López, Guillermo Valencia, madre Josefa del Castillo, Juan de Castellanos, Juan Rodríguez Freyle, Luis Vargas Tejada, Eduardo Caballero Calderón, Álvaro de Velasco y Zorrilla, Manuel del Socorro Rodríguez, Francisco José de Caldas, Camilo Torres, José Eusebio Caro –abusivamente extenso el artículo de Rafael Maya acerca de este escritor y personaje político–, etc., y de autores de otros países como Dámaso Alonso, Pablo Neruda, Valle Inclán, Manuel Altolaguirre, Fray Alonso de Zamora, etc. Continúa recurriendo en este período de crisis de colaboradores –por lo que lo hace con más asiduidad– a la reproducción de cuentos de los escritores colombianos Adel López Gómez y José Restrepo Jaramillo, que le fueron siempre muy queridos, pero también de Francisco de Paula Rendón, Rafael Arango Villegas, Manuel Zapata Olivella y Oswaldo Díaz Díaz, entre otros, con cuatro o cinco narraciones de cada uno, a lo que agregó un cuento de Manuel Mejía Vallejo, “Sequía”, otro de Pedro Gómez Valderrama –una ratificación más de lo alertas que se mantenían las antenas del director y su equipo de

colaboradores–, un relato ingenuote y malote –pero interesante pieza de arqueología literaria, de gran valor por pertenecer a la pluma inicial de Gonzalo Arango, toda una curiosidad de sus primeros tiempos, seguramente excluida de su bibliografía por él mismo cuando maduró–, y una o dos narraciones de otros escritores colombianos, entre ellos Eduardo Santa y Bernardo Arias Trujillo. Como cultor de la prosa poética –desaparecida por completo “Nimiedades” en este período, esa vena suya reaparece aquí y allá en los “Comentarios” de *Atino*, aunque muy ocasionalmente–, reprodujo textos –una verdadera novedad porque eran nombres muy nuevos en la literatura colombiana de entonces, otra muestra más de que se mantenía al día– de Héctor Rojas Herazo, Jaime Paredes Pardo y Jorge Gaitán Durán, pertenecientes a ese tipo de escritura. No vaciló en echar mano de cuentos de Borges, Graham Greene, Knut Hamsun y de otros escritores, algunos de ellos hoy completamente olvidados, encontrados en quién sabe qué revistas –probablemente *Life* o *Selecciones de Rider's Digest*, de las que gustó mucho estando muchacho, como lo confiesa en alguna parte– o antologías. Pero ese saqueo desesperado para mantener vivo el semanario no se detuvo en la literatura. También ayudaron a palear esa crisis refritos extensos, como uno de Bertrand Russell titulado “La ciencia” –con el mérito adicional indudable de ser una traducción de Felipe Loaiza–, y textos sobre Einstein, los motores *diesel*, la circulación de la sangre, la miel de abejas, las revistas de historietas, la respiración artificial, Mozart, Walt Disney, cine colombiano –Procinal–, los monjes trapenses, el Gran Cañón del Colorado, Julio Verne, las hormonas, Lewis Carroll, “Héroes del reino animal”, “Verdi, maestro de la melodía”, “El frijol de vida, una leguminosa insuperable”, “Ojo con los purgantes”, “¿Cómo se orientan los animales?”, etc., etc., etc. En palabras de la tradición: “De todo como en botica”. Se trataba de mantener vivo el fuego de *Lanzadera* entrando a saco roto en cuanto coto ajeno pero interesante estuviera a mano.

A estas alturas, un lector cualquiera podría inferir perfectamente que el director y sus colaboradores principales convirtieron *Lanzadera* en un medio exclusivamente literario, olvidándose de su condición de semanario de una gran empresa textilera –para esos años, Coltejer contaba entre seis mil y siete mil obreros y empleados–, cuyo destinatario primero era obviamente el personal de la empresa. Y en gran medida fue cierto, pero no completamente. Una amplia temática relativa exclusivamente a la actividad múltiple de la empresa tuvo presencia siempre en sus páginas, aunque con cambios y altibajos. Al comienzo de la etapa de Mario Escobar Velásquez como director, y con toda seguridad herencia de la dirección ejercida por su antecesor, Bernardo Jaramillo Correa, cada fábrica de la compañía tenía su “Noticiero”. Eran fijas semana a semana las secciones “Noticiero de Rosellón”, “Noticiero de Colterayón”, “Noticiero de Sedeco” y “Noticiero de Coltejer”. El más duradero fue el de Sedeco. El de Rosellón se mantuvo intermitentemente, los otros fueron más irregulares y terminaron por desaparecer, debido también a que lo que tenía que ver con la empresa se cobijaba en artículos sobre aspectos del conjunto de la compañía.

Pero había mucho más sobre temas empresariales en las páginas de *Lanzadera*. Fue muy constante, especialmente en la página editorial, la problemática de la salud de los trabajadores, sobre todo en relación con la atención brindada por el Seguro Social. También recibió igual atención la prevención de accidentes de trabajo, asunto que se acompañaba con ilustraciones casi en cada número. El semanario respaldó siempre de manera muy generosa y activa la destacada labor educativa de la empresa con obreros, empleados y sus familias, a través de la red de escuelas e institutos obreros, red de la que hizo una realidad eficaz. Divulgó y estimuló la existencia y funcionamiento de las diferentes cooperativas que creó Coltejer para beneficio de sus trabajadores, tanto de consumo como de ahorro y préstamo, incluyendo becas y útiles escolares, y cuya cobertura y facilidades eran más que generosas.

Tanto en la página editorial como en artículos diversos, los colaboradores adelantaron campañas para promover entre los obreros una vida personal y familiar sana en todos los aspectos, económicamente organizada, bajo ideales de progreso no solo material sino también intelectual –en este sentido el semanario fue infatigable: el obrero debía aspirar a un amplio horizonte cultural a través del estudio ofrecido por las escuelas e institutos de la empresa, pero también del esfuerzo individual por medio de la lectura y el estudio personal–. Fuera de los artículos que acabamos de mencionar, esa preocupación por elevar el nivel cultural de los obreros se expresaba, por ejemplo, en la columna “Aquí le contestamos”, una de las más constantes y de la que se encargó siempre el director. En esa sección respondía preguntas de corresponsales –la mayoría de ellos con absoluta seguridad inventados por él mismo– sobre un espectro amplísimo de inquietudes: historia universal y colombiana, matemáticas, química, física, botánica, zoología, filosofía, inquietudes tecnológicas, supersticiones, palabras curiosas o poco usuales, las palomas mensajeras, el termómetro, etc., etc. Mario Escobar Velásquez proyectaba su apetito rabelesiano de conocimiento en los demás. Estas temáticas empresariales tuvieron en *Lanzadera* facetas incluso técnicas, como la columna que Alberto Parra Galvis, jefe de lubricación de Coltejer durante años, sostuvo con regularidad y a la que tituló con sencillez “Datos técnicos de lubricación”.

Adonde apuntamos con este recuento es a señalar que, si bien la merma entre 1954 y 1955 en el volumen de colaboraciones originales para el semanario por parte del equipo central de sus redactores fue inocultable, eso no quiso decir ni mucho menos que las temáticas empresariales ganaran espacio notable respecto del campo literario y cultural, en general. No, el desequilibrio se mantuvo. “Desequilibrio” con refritos de calidad e interés, pero refritos que engrosaban al fin el espacio dedicado a la literatura, el pensamiento universal y la cultura, en general. “Desequilibrio” para ser el semanario de una compañía industrial, no el periódico de un grupo literario que apoyaba de forma constante e intensa una empresa muy importante en el país.

Es decir, siempre existió esa ambigüedad, pero don Carlos J. Echavarría, presidente de Coltejer, la toleró, porque de todas maneras la publicación cumplía un papel empresarial cierto,

beneficioso, divulgador, solidario semana a semana con la compañía como totalidad: con su tarea productiva, pero también con las cooperativas, las escuelas e institutos obreros de enseñanza constituidos y liderados por sus directivas; con los planes de vivienda de Coltejer; con la obligación legal de velar por la salud de los trabajadores, asunto del que *Lanzadera* se ocupaba en editoriales demandando del Seguro Social una atención adecuada, en artículos sobre usos higiénicos y alimenticios para conservar una buena salud, y en otros que se ocupaban de la prevención de accidentes; con la actividad cultural, los deportes, la vida social y el resto de campañas y actividades, originadas, en unos casos, en la iniciativa de la compañía, en otros, en la de los redactores del semanario, y que recibían el respaldo de las directivas.

Por eso don Carlos J. “hizo de la vista gorda”, dejó pasar puntos altos en ese protagonismo que llegó a tener la literatura en las páginas de *Lanzadera* mientras lo dirigió Mario Escobar Velásquez. Con un ejemplo significativo es suficiente para medir a una distancia de más de setenta años el calado y la fogosidad que llegó a alcanzar esa presencia de la literatura en aquellas páginas. El 31 de agosto de 1951, en la entrega 139, y firmado bajo el seudónimo de *Alaín Calvo*, aparece un cuento titulado “El canto de los muertos”. Era su segundo cuento publicado en *Lanzadera*. Ya anotamos que el primero, “El regalo del camino”, se publicó casi un año antes, en el número 93. Este segundo cuento –entre uno y otro incluyó una selección amplia de sonetos suyos y una buena cantidad de prosa poética en “Nimiedades”– difería por completo del primero. Es un relato abstruso; en una prosa oscurantista la voz narradora se entrega a una especulación seudofilosófica sobre el tiempo, desplegada en un cerrado plano mental, sin el mínimo respiro de movimiento exterior alguno, asfixiante en su hermetismo. Fue un atrevimiento excesivo proponer al público aquella narración. Ese acto de pedantería, derivado de quién sabe qué mundo de ideas mal digerido, de una percepción ingenua de alguna ficción o noción teórica vanguardista, lo condujo a ese experimento malogrado. Y recibió como premio merecido un rechazo que de pronto no se hizo explícito, ni por escrito ni verbalmente, pero que mínimo se expresó en rumores que le llegaron de alguna manera o, con más crueldad, en la forma de chistes o, caritativamente, como “dudas” de alguno o algunos de sus colaboradores cercanos. Ese descontento lector sacó la cabeza tres números después, en el 142, y como uno de los apartes de su columna “Comentarios”, en un ensayo titulado “El cuento moderno”, en que defiende los rasgos del mismo de los reproches de un supuesto lector que habría enviado un comentario negativo a un relato recientemente publicado en *Lanzadera*, de supuesto autor chileno –revisando los números anteriores, el único “chileno”, o al que podría atribuírsele tal nacionalidad, es al desconocido *Alaín Calvo*, los restantes son escritores conocidos–. Es decir, el único cuento “moderno” que campea en esas cercanías es “El canto de los muertos”. Terco como era –y en mucho esto fue una cualidad en él–, con una seguridad en sí mismo que sin duda fue excesiva, se negó a la autocrítica, ni siquiera se dio tiempo para ver si se había equivocado con ese cuento.

Estos son los argumentos de esa defensa: “Ya no se trata de describir a las personas por sus rasgos sino por sus reacciones y busca mucho más el paisaje interior, mucho más rico en matices y variaciones que el que la madre naturaleza ofrece con prodigalidad. Tampoco podemos decir que el cuento moderno ha proscrito el argumento, sino que únicamente lo ha variado de escenario. Ahora no se sigue a la emoción por caminos de mar, tierra y aire, sino que se la persigue a través de los sentidos anímicos y entre la intrincada selva de las reacciones psicológicas [...] Tampoco abunda el cuento moderno en descripciones. En ellas es magníficamente parco y bastan dos o tres plumadas magistrales para concretar el hecho o el personaje. Veda también los perfiles demasiado evidentes y deja los contornos en la misma nubosidad en que *in mente* se aglutinan o se solapan las pasiones [...] Por lo mismo requiere un lector atento, porque el cuento de ahora, para entenderlo [...] no permite el adormecimiento que los demás toleran tácitamente. Y el lector de ahora no gusta esforzarse [...] Tal vez busca los caminos trillados y las cosas fáciles [...] Sin embargo, con regularidad ofrecemos cuentos de los *comunes*² (estos priman en nuestras ediciones globales). Pero como en la variación está el placer y renovarse es vivir, también damos cabida en nuestras páginas al cuento moderno, con especialidad a aquellos de los escritores noveles que hacen sus primeras armas, y que son escritos con especialidad para este órgano obrero”.

¡Magistral la faena de lidia! Se cubre por todo lado. No deja resquicio por donde le pueda entrar un solo alfiler crítico. Para todos tiene respuesta. ¿Tanto trabajo para defender el cuento “moderno” de un “novel” escritor “chileno”? ¿Era tanta la cobertura del semanario que hasta era posible publicarles cuentos “modernos” a escritores noveles de países lejanos de habla hispana? No, es claro que se cubría, respiraba por la herida. En su escala, y a tantos años, escucho el temporal de críticas –más que justificadas por ese enredijo de ficción ingenuamente pedante– tamborileando reciamente sobre su humanidad de escritor fogoso, talentoso, pero principiante, desde los pasillos y aposentos del rumor, ubicuos, huidizos, presencia que no da la cara, pero no por eso menos eficaz en su labor de desprestigio. Que el asunto continuó lo demuestra el editorial del 5 de octubre de 1951, entrega 144, titulado “Del escritor y el estilo”, donde vuelve a ocuparse del asunto, no ya en el tono polémico, regañón incluso, del artículo anterior, sino con pretensiones académicas de definición “objetiva”, “neutral”, sin conseguirlo, por evidente carencia de formación teórica, lo que lo obliga a recurrir a la analogía: “Porque, lo mismo que la tela, el estilo no es otra cosa que el algodón del idioma tejido por la experiencia, diseñado por el estudio, teñido por las influencias y rubricado por la capacidad del autor”.

Pero no vamos a ocuparnos aquí de discutir qué tanto de razón tenía en su alegato, diferenciando, por supuesto, entre los conceptos teóricos, cuando define los rasgos del “cuento moderno” –y donde no deja de acertar aquí y allá– y qué tanto aplican aquellos conceptos teóricos en “El

² Las cursivas son nuestras.

canto de los muertos”, sino del hecho mismo de editorializar con ese tema en el semanario de la empresa textil más importante en Colombia en ese momento, ¡una compañía que se acercaba a los siete mil obreros!

Un atrevimiento escandaloso, una desfachatez. Cualquiera esperaría, de encontrarse por primera vez con aquel semanario, que la página editorial trataría algún asunto económico específico de Coltejer como empresa, las nuevas fábricas a que daba lugar su expansión, perspectivas de la industria textil en Colombia, la importación de maquinaria para esa industria, el mercadeo, la política social de la compañía, etc. A más de un empresario antioqueño le debió asombrar ver el tema del editorial –que, desde luego, no leyeron–, escéptico enarcarse de cejas, primero, esbozada sonrisa irónica, luego. ¿Cómo no suponer alguna reserva respetuosa, un silencio incómodo, expresados ante don Carlos J. en reuniones de juntas empresariales o en el *whisky* de atardecida en un club? Pero ese don Carlos era un buenazo, y un buenazo inteligente. Veía, como ya lo anotamos, que el semanario, a pesar del espacio copado por los asuntos literarios, sin duda excesivo, como lo hemos demostrado, divulgaba los de la empresa de manera suficiente, aunque no lo deseable para algunos directivos, incluyéndolo a él probablemente. No dejaría de pensar que, además, de desearlo, no iba a encontrar fácil con quienes remplazar aquella constelación de redactores tan dotados y eficaces para sostener la publicación. De pronto su idea fue, dado que las cosas marchaban en lo fundamental en una dirección apropiada para la empresa, darle tiempo al tiempo a ver qué pasaba.

II

Acontecimientos posteriores demostraron no solo que, de ser cierta, la tolerancia no era la misma en los demás directivos de Coltejer. Porque como ha quedado claro en nuestro seguimiento, que al entonces novel autor Mario Escobar Velásquez, director de *Lanzadera*, se le iba la mano en el espacio dedicado a la literatura, se le iba. Afortunadamente para la literatura, decimos nosotros, porque *Lanzadera* se constituyó entre 1950 y 1956 en un capítulo de la literatura antioqueña y en un aparte a tener en cuenta en las publicaciones periódicas de la literatura colombiana, como ya lo dijimos; y también porque fue crisol donde se afianzó la vocación de un destacado narrador colombiano, fragua donde pudo desplegar sus búsquedas temáticas y estilísticas iniciales.

Pero ese no es un pensamiento de empresario. El del empresario que sí fue Rodrigo Uribe Echavarría,³ era otro que el que acabo de exponer. Atribuimos a él y no a Carlos J. Echavarría la

³ Su perfil de empresario culto, muy representativo de la élite industrial antioqueña de entonces, pudo hacerlo aparecer como contradictorio en su decisión de convertir *Lanzadera* en una revista netamente empresarial, si se la coteja con hechos sobresalientes de su vida como hombre de cultura: en 1969 fundó la excelente revista cultural *Colombia Ilustrada*, publicada por Coltejer, medio cultural de altísima calidad editorial,

decisión de cambiar el carácter de *Lanzadera*, porque si bien el retiro de este de la dirección de Coltejer se produjo en 1961, año en que se eligió como presidente a Rodrigo Uribe, en sus primeras apariciones como revista mensual, comienzos de 1956, la figura empresarial que aparece públicamente en sus páginas como liderando ese cambio es Rodrigo Uribe Echavarría. Ya con su retiro en el horizonte, es casi seguro que “don Carlos J.” dejó hacer con *Lanzadera* a quien venía enfilado para remplazarlo, convencido de que tenían razón quienes habían decidido que aquello había que cambiarlo, que la publicación necesitaba un vuelco que le restituyera su condición de revista empresarial, despojándola de su carácter predominantemente literario.

Fue así como el 7 de enero de 1956, en la entrega 356 se anuncia: “La próxima, última edición de *Lanzadera* como periódico”. Se precisa su remplazo por una publicación tipo revista en la que las directivas han decidido fusionar los dos medios escritos que edita la empresa: *Lanzadera* y *Heraldo de Coltejer*, de circulación interna. Se hace explícito en este editorial el papel de Rodrigo Uribe Echavarría en el cambio: “Coltejer, la empresa a la cual pertenecemos, ha creado recientemente el Departamento de Relaciones Públicas, departamento que ha sido puesto bajo la dirección de la señorita Lucía Molina Vélez, y bajo la tutela del doctor Rodrigo Uribe, subgerente de la Compañía”. Y se aclara que la periodicidad de la revista, que conservará el nombre de *Lanzadera*, será mensual. En cuanto a su orientación –y aquí no es posible afirmar si se trata de un compromiso explícito y verbal o escrito del subgerente y de la directora del Departamento de Relaciones Públicas, o una expectativa subjetiva del aún director del semanario– dice el editorial: “Cuando decimos que se refundirán en una las dos publicaciones, queremos significar que se tomará de ambas lo mejor”. En el siguiente número, el último, y en artículo de primera página, se reafirma esa promesa de conservación parcial, “Se tomará de ambas lo mejor”: “Entre otras, y como se dijo, el Departamento de Relaciones Públicas ha refundido en una sola publicación a *Heraldo de Coltejer* y a *Lanzadera*, conservando este último nombre [...] la cual, teniendo secciones que fueron en las publicaciones anteriores del agrado de los lectores, adicionará otras nuevas”. Y el editorial del número 356 lo enfatiza: “Pues la Revista, que aparecerá a fines de febrero por primera vez, será una publicación por lo alto que *abarcará viejas secciones del periódico*⁴ y tendrá otras nuevas destinadas a finalidades de mérito”. La promesa abarcaba en parte al equipo de viejos colaboradores permanentes mientras fue semanario: “Por lo demás, tendrá

cuya aparición se prolongó hasta 1973; su respaldo a las tres bienales de arte de Coltejer (1968, 1970, 1972), y la gestión que hizo siendo gobernador de Antioquia entre los años 1978 y 1980, para que nos visitara el poeta Mario Benedetti, muy popular entonces entre la juventud, quien ofreció un recital de su obra en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia. Pero este perfil indudable de hombre culto no anulaba el haber sido también hombre de empresa, y como tal actuó coherentemente en la coyuntura de que nos ocupamos, lo que tampoco despoja de validez a nuestra simpatía por el entonces jovencísimo escritor Mario Escobar Velásquez, director de *Lanzadera* entre 1950 y 1956.

⁴ Las cursivas son nuestras.

Lanzadera colaboración de trabajadores que ya nos la han prestado, y ampliará seguramente a nuevas personas el carácter de ‘colaborador’”, leemos en la citada entrega 356. Retengamos lo de “ampliará”. También se anuncia en este artículo –del director, desde luego–: “Nuestra próxima edición la dedicaremos a los colaboradores de la publicación, antiguos y nuevos”. No fue así. En la página editorial del número 357, titulada “Esta última edición”, en el tercer párrafo, hace una reseña sumaria –entre una y tres líneas a cada uno– del valor de quienes hicieron parte de su comité editorial, y en un pequeño aviso, dentro de un recuadro, en la primera página, dos párrafos de escasas seis y siete líneas, titulado “Agradecimiento”, Mario Escobar Velásquez se limita a agradecerles y mencionar sus nombres, incluyendo la Tipografía Antioqueña, donde se imprimió *Lanzadera* durante los casi seis años que el semanario estuvo bajo su dirección: “A David Henao Arenas, a Hernando Garcés Uribe, a Tulio Salazar Osorio, a Francisco Restrepo Rojas, a Ricardo Oquendo, a Luis Arango Uribe, a Alberto Londoño González, a Luis Eduardo Castro, a Amelia Aranzazu, a Samuel Villegas, nuestro agradecimiento y admiración. Y elevemos oraciones por el descanso eterno de Alberto Parra Galvis”.

Con nueva numeración, número 1, volumen 1, en marzo de 1956 aparece pues la primera entrega de *Lanzadera* como revista. La hojeada más inmediata sacude al lector atento que sopesa lo que pudo sentir entonces Escobar Velásquez con semejante giro. El cambio era total. En cuanto a contenido, la revista pasa a ser gráfica en lo fundamental. Fotos con notas de pie como presencia única de la palabra escrita. En ese primer número se publican como artículos principales uno, muy pío, sobre el papa en ejercicio, Pío XII, al que se le adicionan una oración y tres fotos más del pontífice; el segundo, titulado “Industria nacional”, se ocupa de difundir la existencia de una empresa que para ese momento contaba con ocho años de funcionamiento, Manufacturas Caribú Limitada: una página de texto desplegada en dos de la revista y apoyada en seis fotos; y “Yo quiero aprender”, ilustrado con viñetas coloreadas en las márgenes, y cuyo tema, “Las escuelas gratuitas que mantiene Coltejer para los hijos de sus trabajadores”, es un elogio del deseo y la necesidad de estudiar, muy bien redactado y dentro de un horizonte sencillez, coloquial, bordeando la puerilidad, sin firma responsable, pero atribuible a Mario Escobar Velásquez porque dentro de su carácter pedagógico se palpa el cuño de un escritor serio.

También eran novedades “Historia de un mes” y “Noticiero Coltejer”, conformadas por material gráfico y acompañadas con pies de foto en los que predomina la brevedad. La sección de deportes, tradicional en el semanario, hace de la fotografía su ropaje constante. Lo es igualmente “Así son nuestros niños” –hijos de obreros y empleados, cuyo título hace prescindible cualquier explicación, y que tuvo mucho éxito, como que se hizo fija–. Sobrevive una de las secciones tradicionales, aunque algo aligerada de la extensión y la densidad académica que la habían caracterizado: “Aquí le contestamos”, y continúa a cargo de Escobar Velásquez. Pero simultáneamente sale en ese primer número “Trama y urdimbre”, a cargo de Luis Arango Uribe, columna con el

mismo corte de preguntas y respuestas, pero mucho más ligera en su contenido –esto no era casual, desde luego, sino una hábil jugada de ajedrez que apuntaba a la larga al remplazo de la primera por la segunda–. Se le concede mayor amplitud a temas o columnas que venían de antes, como “Evite accidentes” y surgen otras novedades, fijas unas, como “Compra y venta”, otras no tanto, como “Usos de los destornilladores”, ilustradas con esquemas y dibujos tipo caricatura. Y una verdadera novedad para la época: fotos de una telenovela que emitía Sedeco los martes a las ocho de la noche –valioso acontecimiento sepultado hoy por completo en el olvido–.

Pero hubo más en ese cambio, algo definitivo y que debió sacudir a Escobar Velásquez de arriba abajo: lo que podríamos llamar su equipo editorial central de colaboradores fue hecho a un lado por completo, excepto él, pero ya despojado de su condición de director; ahora iba a estar un escalón más abajo, pues pasa a la condición de redactor en jefe. De lo que había sido lo que pudiéramos denominar segunda plana de colaboradores entre 1950 y 1956, se conserva solo a Ricardo Oquendo, Luis Arango Uribe, Luis Eduardo Castro y Amelia Aranzazu, encargados de secciones informativas empresariales, de crónica ligera –Luis Arango Uribe– y formativas sobre el hogar, la conducta de la mujer, la crianza de los niños, mensajes para las secretarias, etc. Pero ya para febrero de 1961 no quedaba sino el último de los nombrados.

Una transformación de esas proporciones no se improvisa en poco tiempo, se cocina lenta y concienzudamente. Y no precisamente con el director saliente –a quien se conserva por su enorme capacidad de trabajo frente a una máquina de escribir–, hombro a hombro, de eso estoy seguro, sino a su espalda. Él nunca hubiera estado de acuerdo con una barrida total de la literatura de las páginas de *Lanzadera*. Como lo reseñamos atrás, se deduce que se le alimentó la esperanza de un espacio para la literatura bajo la promesa de “se mantendrán algunas secciones de la publicación anterior”, según escribió él mismo. Pero los hechos demostrarían que nada de eso se le cumplió, que se dio a sí mismo un compás de espera, que cuando vio que aquello no ocurría y no iba a ocurrir nunca, se retiró. Imposible no detenerse en ese momento de la vida de Mario Escobar Velásquez para imaginar el ánimo con el que salió de la oficina de la Subgerencia de Coltejer donde se le citó algún día de febrero de 1956 para exponerle lo que iba a ser la revista mensual. ¿Con qué cara les iría a decir a David Henao Arenas, Hernando Garcés Uribe, Tulio Salazar Osorio, Felipe Loaiza, Mario Franco, Francisco Restrepo Rojas y Diego Mendoza, que no iban más, que la Subgerencia prescindía de ellos? ¿Qué iba a ser de sí mismo sin el fragor de las máquinas de escribir de aquel grupo de aplastateclas convocados por el destino en aquella oficina del pasaje La Bastilla que les hacía de sala de redacción? ¿Qué sin la lectura en voz alta, mesa a mesa, sin levantarse de la silla, de una frase, un comentario, una pregunta, sin una cordial tomadura de pelo que alivie el cansancio? ¿Qué sin los llamados para que el compañero se acercara al escritorio del que necesita una ayudita porque está empantanado en una frase o duda de la solución que acaba de encontrar? ¿Qué sin los arrumes de libros, periódicos y revistas que

acosaban sus máquinas de escribir y desbordaban mesitas y sillas auxiliares? ¿Qué sin los termos para el tinto que iban y volvían con frecuencia de la greca, y sin esos ceniceros desbordantes de colillas en el escritorio de algunos, sobre todo en el de Hernando, que disponía de dos ceniceros y a veces de un tercero improvisado con una cuartilla desechada transformada en cucurucho? ¿Qué sin el contento de los viernes al atardecer, día cuando recogían la edición semanal en la Tipografía Antioqueña?

Dos hechos, con un lapso considerable entre ellos, delatan que en la idea de mantener a *Lanzadera* había, hubo, una contradicción respecto de la cual las dos partes fueron más que conscientes, pero que prefirieron no abrir a un debate público sino, de parte de la compañía, resolver aquella diferencia por la vía de los hechos, y de parte de Escobar Velásquez, aplicarse al dicho aquel: “Al mal tiempo, buena cara”. La empresa hizo lo que debía y como debía: cambiar sin ambigüedades, sin términos medios, el carácter de su publicación, imponiendo su línea de la manera como lo hemos narrado. Escobar Velásquez no tenía alternativa inteligente distinta a la que tomó: la aceptación de un cambio que excluía todo espacio para la literatura en las páginas de la revista. Como lo hemos inferido de afirmaciones suyas en las entregas 356 y 357, las últimas como semanario, se le prometió, y creyó él, la conservación de algunas secciones, pero fue claro luego que se trató más de una suposición o esperanza suya respecto de las secciones literarias que de una promesa explícita de la empresa, cosa muy improbable y que en absoluto puede imaginarse siquiera como que hubiera tenido alguna expresión oficial, escrita o hablada. Lo conservado fue magro y provisional. En términos más claros: la empresa recuperó para sí plenamente su publicación y como compañía fabril, como gran industria nacional que era, estaba en todo su derecho y obligación de hacerlo. Pero nuestro corazón está con la aventura literaria de Mario Escobar Velásquez, con sus argucias de Odiseo astuto al mando de su tropa de argonautas, con su golpe de Estado de cinco años en el timón de *Lanzadera*. Es un hecho para la literatura y eso es lo que cuenta. Lo otro es historia de la empresa, desde luego muy importante en la historia de la compañía y de la economía nacional.

Vamos a los dos hechos que recorren la cortina sobre la tormenta que acompañó el cambio, bajo el tratamiento civilizado, cortés, pletórico de buena voluntad y hasta alegría, ofrecido en la superficie. El primero: en el número 48, del volumen VI, correspondiente a febrero de 1961, hay un artículo que celebra los cinco años de *Lanzadera* como revista mensual y trae una cronología por años (1956-1960). El párrafo relativo a 1959 comienza con esta información: “Al iniciarse el año, Mario Escobar y Javier López se retiran de la redacción de la revista (tres y un años de servicio, respectivamente), el primero para pasar a ocupar otra posición en Coltejer”. El otro hecho corresponde a julio de 1960, cuando en “Carta abierta”, título del editorial en cada revista, leemos esta declaración, sorprendente y no, pero sí muy dicente y decisiva: “*Lanzadera* no es una revista literaria, ni Coltejer es una empresa editorial dedicada a la publicación de una

revista. La Compañía produce telas y como parte de sus obligaciones patronales, considera de importancia sostener una publicación que le sirva de órgano de divulgación interna de sus intereses, y estreche el vínculo de amistad entre todos los trabajadores”. Tajante. Más claro no canta un gallo. Y, desde luego, no podía ser un hecho gratuito. Era una respuesta a un reclamo de cierta proporción, seguramente no masiva ni grave, pero sí lo bastante importante para las directivas de la empresa como para merecer aquel pronunciamiento oficial y público.

El contenido de esa “Carta abierta” evidencia con toda claridad un descontento que se hizo reclamo: algunas personas añoraban lo suficiente los contenidos literarios del quinquenio cuando *Lanzadera* había sido dirigida por Mario Escobar Velásquez, como para manifestarlo y hacerlo conocer por las directivas de la empresa. Qué fuerza llegó a tener esa protesta, qué cuerpo adoptó, si de escrito anónimo o firmado –una carta abierta suscrita por varias personas y dirigida a la dirección de la revista o puesta a circular en forma abierta– es algo que no estamos en condiciones de precisar, pero lo que cuenta es que ocurrió: aquella “calma chicha” desde el cambio en la publicación cuatro años antes, se rompió con esa agitación, y revela que tal calma tuvo mucho de acontecer de superficie, de pacto cortés pero no bien visto por completo por la parte a la que afectó principalmente: Escobar Velásquez y el equipo de escritores que le había dado el carácter literario previo a aquel órgano de Coltejer. Tampoco se puede descartar en esa “revuelta” la presencia de lectores, externos y de la empresa, que habían disfrutado los cuentos, poemas, crónicas, páginas de humor, reportajes, comentarios y noticias que ocuparon con generosidad las páginas de *Lanzadera* entre agosto de 1950 y enero de 1956. Debemos agregar que la energía del pronunciamiento empresarial sugiere que la expresión de ese reclamo no se hizo de manera abierta, oral o escrita, ante sus directivas, sino que reptó hasta sus puertas bajo los trajes del rumor, la conseja, la especie, el chisme, pero lo suficientemente comprobados su realidad y origen cierto en personas de carne y hueso y con influencia de peso en el espacio mental y afectivo de algunos obreros y empleados –espacio ganado en años de trabajo, y no solo en la escritura sino en ámbitos como las actividades culturales, sociales, deportivas y de la vida laboral misma, como lo hemos reseñado aquí–, seguramente no de temer, pero tampoco de despreciar, como para haber decidido pronunciarse de aquella manera. No es una arbitrariedad suponer a Escobar Velásquez y su equipo más fiel promoviendo ese descontento. Lo doy por seguro.

Aunque a ellos, los protagonistas de la historia que hemos reseñado en estas páginas, no dejó de afectarlos en su momento lo que no pudieron dejar de vivir como un drama, puesto que los tocaba como hombres de cultura y de empresa que eran –elementos que en el conjunto empresarial y en el individual podían tanto coincidir por tramos, y apoyarse mutuamente, lo que en efecto pasó, como chocar, reverso que ilustra el episodio que reseñamos–, hoy el tiempo ha nivelado las cosas, haciendo de ese enfrentamiento un mosaico sin vencidos, donde de cada cual se llevó su palma: la empresa, al retomar con toda razón y definitivamente en

1956 la orientación de *Lanzadera*, para encauzarla en unos límites empresariales que ya no conocerían alteraciones, y en una etapa de crecimiento de su industria, que en veinte años había pasado de ochocientos a diez mil obreros; y Mario Escobar Velásquez obtuvo lo suyo: nadando entre dos aguas, la empresarial y la literatura, hizo de *Lanzadera*, como dijimos, una realización profundamente personal y de su generación de escritores, veló y afló en ella sus armas literarias, se armó caballero andante de la literatura. Y como lo hemos rastreado en sus novelas autobiográficas donde deriva la infancia, desde su niñez de lector que devoraba cuanto impreso se ponía al alcance de sus manos en Jericó y Pereira, dio comienzo a la afición de hacer libros artificiales, “de pegotes”, como los llamó, recortando textos e imágenes de revistas y periódicos para pegarlos sobre cuadernos o libretas ya utilizados, a los que daba así una vida nueva, forma iniciática –utilizamos esta palabra con completa conciencia de que es la más apropiada para el caso– que adoptó en él el sueño de hacer libros.

El arco de ese deseo buscó el encuentro futuro con *Lanzadera*, que nacía cuando él había llegado apenas a los dieciséis años. Lo decimos desde la creencia que todo encuentro resultado del azar es una cita con el destino, como lo pensaban Borges y Nabokov, y también Lezama Lima cuando habló de “el azar concurrente”. Ese abrazo entre la publicación y el novelista futuro fue fecundante para los dos: *Lanzadera* adquirió de entrada un carácter semanal –y se sostuvo así mientras él estuvo en la dirección– y una rica y vigorosa diversidad temática debidos al entusiasmo rebotante con el que Escobar Velásquez se puso al frente, no, desde luego, bajo la mentalidad convencional del empleado al que el patrón encarga de una tarea, sino con la del hombre que, comenzando apenas a vivir, no podía ver en el trabajo que se le encomendaba algo distinto a un presente de los dioses: era más, mucho más que lo que pudo soñar de niño y adolescente sobre lo que podrían ser sus primeros pasos en su oficio de escritor, destino que traía ya esbozado con toda claridad desde sus entonces recientes años como maestro rural en San Joaquín, fracción de Pereira.

No se trataba del periódico o la revista de un grupo de escritores marginales a toda institucionalidad, trinchera de una vanguardia literaria juvenil, universitaria o no, y casi siempre pobre de medios. Era el órgano de expresión y comunicación interna y externa de una empresa industrial destacada en el país y en expansión, lo que garantizaba un financiamiento seguro, y en consecuencia regularidad en la aparición, un tiraje considerable con perspectiva de crecimiento, y unos mecanismos eficaces de distribución proporcionados por la estructura misma de la empresa. No se le podía escapar que parte de las páginas habría que dedicarlas a problemáticas empresariales, y lo haría con gusto y de la mejor forma posible. Pero el diablillo literario que llevaba dentro debía patear de gusto: hasta donde pudiera extendería la frontera de la literatura –leer buena literatura no podría sino traer cosas positivas para la formación intelectual y la sensibilidad de los obreros, juzgaba– para difundir todo lo valioso que había leído y leía, darle espacio a colaboradores talentosos y sujetos de la misma pasión: la literatura, y, por supuesto,

someter a la consideración de los lectores su propia producción. Y todo esto lo hizo a plenitud. Una aproximación seria a su obra y mucho más un estudio riguroso de ella pasa, entonces, por una lectura detenida de esos cuatro volúmenes de la *Lanzadera* que dirigió.

Aproximadamente treinta años después de todos esos hechos relatados, cuando ya Escobar Velásquez era un autor de cierto reconocimiento nacional, como que se había ganado un premio de novela y publicado otras cuatro en diferentes sellos editoriales, entre ellos Plaza y Janés, ocurrió la aparición mencionada al comienzo de estas páginas de Mario Escobar Velásquez en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, con los volúmenes encuadernados de *Lanzadera* para donarlos y poner así aquella publicación al alcance de investigadores. Lo que queremos relatar es este hecho: los cuatro volúmenes contenían estrictamente solo los números editados bajo su dirección, pudiendo perfectamente haber incluido los ejemplares de la revista impresos entre marzo de 1956 y enero o febrero de 1959, cuando se separó de la publicación en ejercicio de su cargo como redactor en jefe, al que había sido destinado cuando se le removió de la dirección de ella. El hecho habla solo. Entregó la *Lanzadera* que vivió como suya, de la que se sintió afecto por completo entre el número 90, de agosto de 1950, y el 357, de enero de 1956, cuando cedió la dirección. Que llegara a esa sección de la Piloto una colección de lo que sobrevivió –con interrupciones de años o meses– como revista mensual coltejeriana hasta 1971, lo confió al azar, a otras manos probables.

Jairo Morales Henao
Envigado, 15 de junio de 2023